

Los últimos días de Chan-Chán



© Charles Lénars, París

por Alfredo Pita

En el norte del Perú se hallan las ruinas de Chan-Chán, la ciudad precolombina más grande de América. Un viaje en el tiempo para apreciar su pasado esplendor.

En la noche del desierto, en los arenales de la costa norte del Perú, a unos kilómetros del Océano Pacífico, duerme Chan-Chán, una ciudad gigantesca, hecha de barro y de historia, que ha resistido a través de los siglos el viento salino que viene del mar, los terremotos y las lluvias, raras pero destructoras en esta región seca del subtrópico.

Sola y desguarnecida frente al clima, el mayor daño se lo han hecho, sin embargo, los hombres, los intrusos y saqueadores de tumbas que, desde hace siglos, desde que la capital del reino del

Gran Chimú decayó y fue sometida, primero por los incas y luego por los españoles, derruyeron sus templos, socavaron los cimientos de sus casas y profanaron sus cementerios en busca de sus tesoros. Por eso, nada de su esplendor subsiste ya, a no ser los muros carcomidos por el tiempo y la intemperie que se extienden en un área de casi 20 km².

El nombre de esta ciudad muerta procede al parecer del vocablo mochica "jang-jang" ("sol-sol"). Poco se sabe de la vida en ella en otros tiempos, pero si el viajero espera en sus inmediaciones la caída de la noche, si es capaz de trascender el rumor de los vehículos en la autopista

lejana, podrá adivinar el latido del pasado, la respiración de los miles de habitantes que allí vivieron, trabajaron y soñaron.

Podrá incluso verlos vivir, moverse por las calles estrechas y ordenadas, entrar en las casas pequeñas, en los palacios y los templos, trabajar el barro y cosechar los frutos de los huertos; podrá verlos contemplar las estrellas para conocer el devenir de los tiempos, a la espera de una respuesta de esos mundos de los que creían proceder. Porque los habitantes de la ciudad, como su fundador —Takaynamo, personaje misterioso que llegó por el mar en el siglo XI o XII de nuestra era— creían ser descendientes de las cuatro estrellas de la

Vista aérea de las ruinas de Chan-Chán. La ciudad tiene la forma de un rectángulo. Comprende unas diez unidades, llamadas ciudadelas o palacios, que se comunican por calles, pasajes y caminos y están rodeadas por una muralla. En el centro, la ciudadela Tschudi.

constelación "Pata", que nosotros conocemos con el nombre de Orión. Y si al fin el viajero, ganado por la fatiga, se duerme bajo un árbol de tamarindo, soñará tal vez con la gente de Chan-Chán, la verá alzar la vista al cielo, después de haber apagado las antorchas, como lo hacen precisamente, en ese momento, esos dos hombres jóvenes que se han detenido en el camino e interrogan, bajo la inmensidad de las galaxias, el futuro y también cuánto les falta para llegar por fin a su destino, Chan-Chán, la capital.

Sueños premonitorios

Se llaman Alentec y Malakán. Uno es príncipe y administrador; el

otro, escultor y ceramista, pero ambos vienen de la guerra. Ambos vienen del sur, de Paramonga, de los confines del reino y no traen buenas noticias. Una a una, las fortalezas que contenían los avances incas están cediendo y si no se envían de inmediato refuerzos importantes, el desastre es inminente.

Saben que están cerca de la ciudad, pero han viajado casi tres días, orillando el mar, prácticamente sin dormir. Al día siguiente deben presentarse ante Minchancamán —su señor, el Chimo-Cápac— y para poder hacer un informe claro de las cosas deben descansar unas horas. Entran en las dunas y, cubriéndose con sus

mantos ligeros, se tienden en sus lechos de arena tibia.

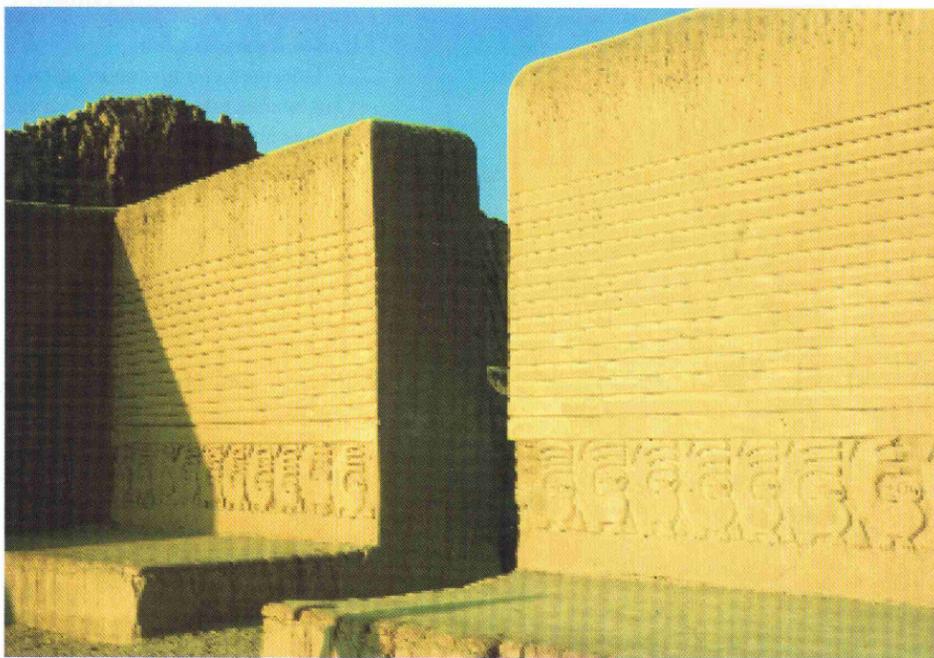
Duermen con un sueño agitado y sus sueños están poblados por las mismas imágenes: el destino que se avecina, el fin de los tiempos, la caída de todo lo que ha sido su vida hasta entonces. Amigos desde la infancia, pertenecen a clases sociales diferentes. Alentec es noble, Malakán es del pueblo, pero procede de una familia de artistas, lo que de algún modo lo hace también noble, al punto que nadie ha tenido nada que decir ante las promesas de amor que se han hecho con Tsel, la joven hermana de su amigo.

Todo eso, el mundo entero, está en peligro ahora. Las organizadas tropas del Inca Pachacútec toman uno a uno los reductos y ciudades del sur y amenazan también con caer sobre el reino desde el oriente. Esa es la información que traen: los reyes de Cuzco tienen suficiente capacidad logística como para distraer hombres y material y, de una vez por todas, someter al orgulloso reino del Gran Chimú, que les niega sus riquezas y les impide entrar en su inmenso y próspero territorio costero.

El reino del Gran Chimú ha surgido lentamente en torno a la ciudad, en el valle del río Moche al que un día, siglos antes, llegara el fundador de la ciudad y el reino, el padre Takaynamo. No había llegado solo Takaynamo; en las grandes balsas también vinieron sus nobles guerreros y otras gentes. Encontraron un país asolado por las guerras, las ruinas en que agonizaba el reino Mochica, que había sido grande siglos atrás. Ahora, los quechuas de Cuzco van a apoderarse del país, como Takaynamo lo hizo en otro tiempo y, si sobreviven, los chimús tendrán que pagar tributo y servir a otro señor, ya no a Minchancamán.

Descendiente del padre Takaynamo, hijo a su vez de las estrellas y del mar, el gran príncipe ▶

ALFREDO PITA,
periodista peruano, trabaja actualmente en la
Agencia France-Press en París.



► Minchancamán ha llevado el reino a su apogeo, como si el destino hubiera querido que sólo entonces se acercara a su fin. Federando más que conquistando, el Gran Chimú se extiende ahora desde Paramonga y Huarmey, por el sur, hasta Tumbes y Guayaquil, por el norte. Las ciudades y pequeños señoríos pagan tributo al gran príncipe y sus mejores hijos y artistas viven en la gran ciudad, ocupando, según su procedencia o su arte, algún barrio de las diez ciudadelas que, aglutinadas como una inmensa colmena, constituyen Chan-Chán.

“Así han sido las cosas y así seguirán siendo, tal vez, mientras el tiempo prosiga moviendo las nubes y las aguas del río y del mar”, dice, en sueños, Malakán. Y su amigo le responde que, de ser ciertas las historias que cuenta Suarí, la vieja que vende la sabrosa chicha en el mercado del barrio de los hortelanos, las profecías afirman que, en el plazo de la vida de uno o dos hombres, llegarán otros padres fundadores, vestidos de luces. Ya no serán hijos de las estrellas sino del sol o del volcán, pues vomitarán fuego. Llegarán en inmensos barcos y derrotarán y someterán a todos los pueblos de esa parte del mundo, incluso a los orgullosos cuzqueños. “De ser así”, dice el ceramista, “y si los incas entran y se

enseñorean en la gran ciudad, nuestros hijos se aliarán con los nuevos dioses y seremos de nuevo libres y dueños de nuestras tierras”. “Los ayudaremos para vengarnos”, dijo Alentec, “pero los vencidos no tienen derechos ante un conquistador, así le sirvan”.

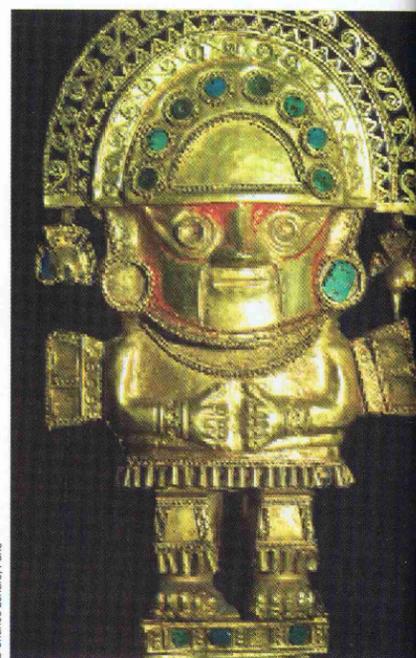
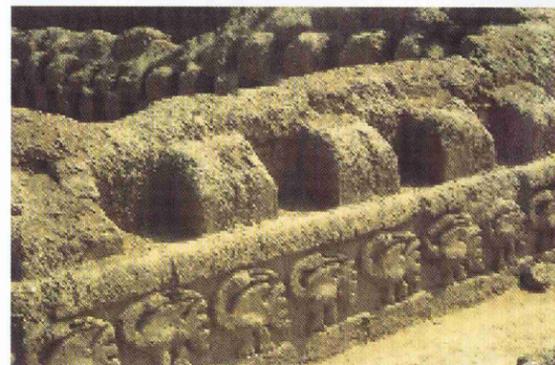
Un mundo en movimiento

Desconsolados, Alentec y Malakán sueñan con todas las ciudades que han conocido, con sus templos y fortalezas. Sienten ambos que vuelven a la infancia y echan a correr, en una tarde solar, por las callejuelas y rampas de la ciudad, bajo los muros trapezoidales, altos como cinco o seis hombres robustos. Ambos conocen hasta los últimos rincones de las ciudadelas rectangulares, los muros divisorios que separan a los pescadores del norte y a los agricultores del sur, a los ceramistas de los fundidores del cobre. Una sola puerta da acceso a los callejones periféricos, lo que facilita el control de los pobladores pero también la defensa. Así, invadir Chan-Chán es entrar no en una trampa sino en mil, de las que el ejército más avezado no podría salir. Ello debería garantizarles el futuro, piensa Alentec, pero su amigo le responde, como si lo hubiera oído: “No será así porque estamos ya tomados por dentro, como la chirimoya, dulce, carnosa y blanca como la nieve, que se ha abierto al gusano.”

Arriba, muros decorados en el gran patio de la ciudadela Tschudi.

A la derecha, cuchillo ceremonial o “tumi”. El mango de oro está adornado con la efigie de la divinidad Naymlap. Valle de Lambayeque (Perú). Arte chimú (siglos XII-XV).

Plinto del muro de un templo. Está decorado con pájaros y rematado con pequeños nichos destinados a los ídolos.



Ambos saben a qué se refiere Malakán. Frente a las arremetidas incas, los pobladores de las ciudades del sur se sentían tentados de cambiar de señor. Y es casi comprensible. Algunos generales de las fortalezas limítrofes comienzan también a preguntarse si vale la pena resistir.

¿Qué va a ser, entonces, de toda esa gente que bulle en las calles, tropezando con las recuas de llamas, que transportan el maíz brotado para la fresca chicha y otros productos de las montañas, o con los hombres que traen de Huanchaco gigantescas canastas llenas de pescado brillante? Sin hacer ningún comentario, Alentec y Malakán recorren los patios rodeados de las ordenadas viviendas del pueblo. Penetran, maravillados, en el gran mercado, curiosos de todo lo que ven.

En la zona de los artesanos admiran la cerámica que fabrica el padre de Malakán. Sus cántaros

son negros como los que hacen sus colegas, pero tienen el sello de su persona y de su humor. En uno de ellos, el gollete es la cabeza y la toca de un personaje masculino que copula seriamente con una mujer. Los niños ríen porque creen ver en el cántaro los retratos de dos vecinos del artesano. Sus vasijas, en cambio, son de un color rojizo natural, logrado por oxidación. Malakán también utiliza ambas técnicas, pero su realismo no es risueño y sus composiciones escultóricas asombran a conocedores y profanos, pues representa en ellas todos los aspectos de la vida del hombre y la mujer chimús, sin olvidar sus goces y pesares y esos compañeros de la existencia que son los animales.

Luego entran en un templo durante una ceremonia religiosa y contemplan extasiados las ropas de los dignatarios que desfilan ante el sumo sacerdote. Toda la metalurgia del Gran Chimú está allí, brillando en los objetos de oro y plata del culto, en las máscaras, petos y muñequeras de los nobles, con un refinamiento que habla de la perfección que han alcanzado los chimús en el trabajo de los metales. El oficiante levanta ahora por encima de su cabeza un gigantesco “tumi” de oro con incrustaciones de turquesas. El cuchillo ceremonial, cuyo mango representa la divina figura del padre fundador, mide como medio hombre y debe pesar mucho porque al sacerdote le cuesta sostenerlo en alto. El Chimo-Cápac lleva una máscara y guanteletes de oro, así como una diadema con figurillas colgantes

que narran probablemente una historia. En su séquito, hombres y mujeres lucen vinchas con adornos de plumas, y en sus rostros y vestidos abundan el oro y las piedras, pequeños discos y otros adornos nasales; orejeras, anillos; sargas de perlas; cadenas de oro, de las que penden pequeñas figuras y laminillas con imágenes de animales.

Ante todo este brillo Alentec y Malakán abren los ojos, pero no los ha despertado el fulgor del oro sino el sol, que comienza su lenta ascensión. En poco tiempo estará golpeando duramente los bajorrelieves y pinturas estucadas del palacio de Minchancamán. Los dos hombres buscan las aguas del gigantesco canal con que los ingenieros del Gran Chimú han ampliado y convertido el valle de Moche en un vergel. Tras hacer sus abluciones y beber unos tragos, se ponen en marcha en busca del camino real. Las noticias que llevan no son buenas, pero el día es hermoso y todos los sueños de la noche intranquila tal vez no son sino eso, malos sueños. Tal vez todavía haya salidas, vías de salvación que ellos no conocen, pero que el Chimo-Cápac, sí. En una hora estarán ante él. Dan voces para anunciar su presencia y los soldados de las murallas les responden. Escuchan gritos y los ladridos de los perros. Seguramente sus familiares correrán al gran patio principal para recibirlos cuando hayan traspuesto la gran puerta.

En todo caso, más allá de la puerta, lo intuyen, está la Historia que espera y, en un patio, bajo la fresca sombra de un tamarindo, un hombre que sueña. ■



Cerámica que representa a un pescador de langostas y su nasa. Arte chimú (siglos XII-XV).

CHAN-CHÁN EN CIFRAS

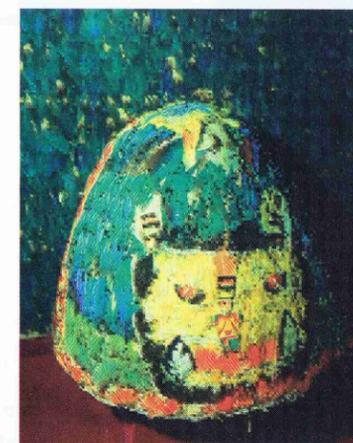
Las ruinas de la megalópolis preinca de Chan-Chán se hallan situadas en la margen derecha del río Moche a cinco kilómetros de la ciudad de Trujillo, camino al puerto de Huanchaco, en el norte del Perú, departamento de La Libertad. Desde 1986 figura en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO.

Capital del reino del Gran Chimú, la más grande ciudad prehispánica de América tenía una extensión de 20 km² y se calcula que albergaba a unos 35.000 habitantes.

Según el mito, fue fundada en el siglo XI o XII por un personaje misterioso llegado por mar, como se cuenta de otros pueblos y naciones de América.

Los conquistadores españoles y sus cronistas —el padre Cabello de Balboa, hacia 1586, o Carlos Marcelo Corne, entre 1604 y 1610— recogieron algunas leyendas sobre su pasado esplendor. Según las investigaciones arqueológicas, la civilización chimú sucedió, hacia el año 1200 de nuestra era, a la cultura mochica, que se había desarrollado en el mismo territorio desde el siglo IV.

Con los chimús, el valle del río Moche (o Santa Catalina), se convirtió en el centro vital de un imperio muy vasto. En esta zona árida, el río, captado por un canal de unos 80 km, permitía regar, gracias a un sistema sumamente complejo, toda la región aledaña a Chan-Chán, cuya fertilidad en la época de la grandeza chimú es ahora difícil de imaginar. ■



Tocado consistente en un mosaico de plumas. Arte chimú (siglos XII-XV).